



Cronista Oficial del Real Sitio y Villa de Aranjuez

EL TÍO PERRAGORDA Y... AQUELLA JARDINERA

De nuevo, estas páginas de la historia ribereña están sacadas de la vida real. Otra vez, en esta ocasión, me inclino por relatar un episodio popular extraído, fundamentalmente, de la memoria de los protagonistas: nuestros vecinos. Los personajes, igual que en los capítulos anteriores, son entrañables ciudadanos que en mayor o menor medida hicieron pueblo, ayudando con su quehacer y esfuerzo diario al progreso de Aranjuez. Es pues justo, sacar del anonimato a ribereños que en su día tuvieron fuerte relevancia en la vida de este Real Sitio.

Corría el año 1925, cuando era Alcalde de Aranjuez el monárquico Deodoro Valle Grijalba. Quienes le conocieron, y sus propias acciones como Regidor, algunas de ellas marcadas en tinta indeleble en los libros plenarios, dicen que fue un hombre recto, cabal y muy cercano al pueblo, medurado y querido por la población ribereña. Por aquellas épocas Aranjuez tenía los vehículos al servicio público escasos, días en los que tomaba posesión de una licencia para taxi, José Navarro López, conocido como “Perragorda”. Apodo que le viene por el siguiente caso que le sucedió, y que cuenta su sobrino Sandalio Navarro.

Estaban en la Estación de Aranjuez con sus taxis: Francisco Ruano, Gálvez y mi tío, cada uno poseía dos vehículos. Entonces estaba a cuarenta céntimos el viaje al pueblo, y llegó Gálvez y lo puso a treinta. Llegó Ruano lo puso a veinte, y dijo mi tío: pues yo a perra gorda. Y, además, invitaba a café a los viajeros en la estación. Y desde entonces se quedó con el apodo de “Perragorda”.

Según Sandalio e Ignacio Navarro, por aquellas épocas los taxis que existían en la población se contaban con los dedos de las manos, pues existían ocho vehículos que se correspondían con los dos que tenían Francisco Ruano, Emilio Gálvez y José Navarro “Perragorda”, además de los vehículos posteriores de Ataulfo (hermano del conocido Chico de La Estrella) y del de Epifanio (conocido como “Sifón”).

Cuando se instaura la segunda República en España, en Aranjuez, accede como Regidor a la Casa Ayuntamiento por segunda vez –posteriormente lo haría de nuevo en febrero de 1936– el socialista Doroteo Alonso Peral. Al igual que a Deodoro Valle, a Doroteo, se le recuerda como hombre recto, moderado y generoso en las acciones en su responsabilidad como Alcalde; aspectos que así corroboran quienes le conocieron, y, evidentemente, como su propia gestión lo indica y queda constatado en los libros capitulares.

Poco antes de la Guerra Civil, tanto Gálvez como Ruano retiran del servicio público sus vehículos, poniendo éste último, un autobús desde la población hasta la Estación de Ferrocarril, y regreso. Con respecto a este asunto, el nuevo Gobierno Municipal aborda, tiempo después de acceder al Consistorio, una propuesta que plantea Gálvez a la Municipalidad mediante oficio fechado el día 11 de noviembre de 1932.

Emilio Gálvez Matín-Benito proponía a la Corporación establecer un servicio público de transporte de viajeros en automóvil desde la población a la estación de FF.CC. y viceversa con un coche de 20 a 24 plazas. Los puntos de paradas fijas serían: uno en la calle de Pablo Iglesias (calle de Stuart), frente al Ayuntamiento. Otro al final de la Avenida de la República (calle de San Antonio), con paradas en las calles de Francisco Ferrer (calle de las Infantas), Capitán Angosto, Llano y Persi (calle del Almíbar) y Pablo Iglesias. Los Domingos y festivos para mayor comodidad del público forastero, propone la parada en Avenida de la República esquina a Pablo Iglesias. Los precios serían de 25 céntimos desde la población a la Estación o viceversa; y de 40 céntimos los billetes de ida y vuelta.

La Corporación rectificaba la parada de la Avenida de la República, esquina a Pablo Iglesias, *porque pudiera embarazar el tránsito abundante en este sitio y dar lugar a algún accidente*. Suprimiéndose y trasladándose a la parada general en la calle de la Gobernación con la salida por donde todas las demás, o sea, desde ésta, a la calle de Marcelino Domingo (calle del Real), y por ésta, a la Carrera de Andalucía.

Un asunto que incomodó al Regidor Alonso en aquel Pleno, fue la discusión que se estableció –también con respecto a los medios de locomoción– por una factura cuyo valor era de ochenta y cinco pesetas que el Alcalde Doroteo Alonso había gastado con cargo al erario público, en base a los servicios prestados por un taxi de la localidad para desplazarse urgente a la capital, Madrid. Ediles de su misma línea política le censuraban tal “despilfarro”, argumentándole a Doroteo que tenía que haber cogido el tren como cualquier ciudadano. El Regidor, justificaba el gasto de las ochenta y cinco pesetas del taxi, dada la urgencia del asunto



que debía de resolver en bien e interés del pueblo. Al final, ante tanta polémica y contrariedad el Regidor tuvo que pagar de su bolsillo la factura.

Con la llegada de la Guerra Civil, y como consecuencia de esta, y de los malos sentimientos de algunos vecinos, “Perragorda” pierde los dos coches; de tal suerte que uno es quemado en la puerta del Consistorio, y el otro, decomisado por las fuerzas republicanas. De este último nada se supo después.

Finalizada la Guerra Civil, y ante la ausencia de sus vehículos para paliar lo que fue una de las épocas más duras de la vida española, la posguerra, estos industriales, “los Perragorda”, se las ingenian para seguir en el ramo del servicio público del transporte y así sobrevivir. Y es



aquí donde aparece nuestra protagonista de la mano del “tío Perragorda”: la “jardinera”. Así lo recuerda Sandalio Navarro, sobrino de “Perragorda”.

Después de la guerra teníamos que comer, no había ruedas, gasolina, ni nada. Entonces se hizo un vehículo pequeño tipo carro, tirado por animales, que no llegaba a ser

una “jardinera”. Con él pudimos para realizar viajes a la Estación a por viajeros. Como éste era pequeño, cabrían diez personas nada más. Poco tiempo después se hizo otro más grande con cabida para veintinueve viajeros. Ésta sí era la “jardinera”. Era muy larga, tenía tres asientos a un lado, tres al otro y cinco delante. Como cobrador, por la mañana, estaba Antonio Camuñas, “Pajarito”, que vivía en el Palacio de Osuna; y luego yo lo hacía por la tarde.

Realizados ambos vehículos de forma artesanal, sobre la “jardinera” mayor, objeto del presente recuerdo en la historia, Sandalio repasa perfectamente el lugar donde se construyó y quiénes fueron sus creadores.

Se hizo en la carpintería de Pedraza por un tal Pepe, que era de Alicante. Y la dirección, para acoplarla con la barra del mando de las caballerías, de tal forma que un eje hiciera girar las ruedas; lo hizo Petrini, el de la fábrica de Colas. En verano era abierta, con un toldo, y en invierno se cerraba se cerraban los laterales con contraplaquet; con sus ventanas y sus puertas, y en la parte de debajo de la “jardinera”, llevaba los equipajes. Ahí tenía una puerta que se levantaba y se guardaban los equipajes y lo que traían los viajeros de estraperlo. A lo largo del vehículo, tenía pintado en la madera un rótulo que anunciaba: viajes a Casa del Labrador.

Aquellos cuatro animales, según Sandalio, tenían bien aprendida la lección para la vida cotidiana. Tal es así, que cuando oían nombrar a la fiscalía (nombre que asociaban los animales posiblemente a la vara o látigo, pero que en efecto, eran también los entonces servicios municipales del fisco, es decir, consumos) o bien al coger la vara su conductor, estos comenzaban una carrera como si viesen al mismísimo diablo.

Cuando Sandalio cita la palabra estraperlo, realiza un alto en las explicaciones para acercarnos a otra palabra clave en esta historia: la fiscalía.

Estaba entonces de cochero con nosotros Fernando Albacete, que era un buen hombre, muy trabajador, aunque tenía su forma de pensar políticamente,, y al parecer tenía a los caballos acostumbrados a que cuando se les anunciase la frase: ¡que viene la fiscalía! Corriesen como si en ello les fuese la vida.

El cochero Fernando Albacete López, –después lo abordaremos desde el ámbito familiar– fue un hombre que fue querido y respetado tanto por la familia Navarro, como por los cuatro animales a su cargo –Lucero, Brillante, Paneque y Ponciano–. Ignacio Navarro recuerda perfectamente el trato que los equinos recibían de este hombre, y que marcó por su servicio a la casa de “los Perragorda” desde el año 1944-45, hasta aproximadamente ocho años.

Fernando sí que cuidaba a los caballos, los quería, los engalanaba para las fiestas, eso era precioso de ver. ¡Si hubiéramos tenido alguna fotografía... ibas a ver. Mejor iban nuestros caballos que las mulillas en las corridas de toros! Fernando los quería. Los engalanaba, haciéndoles unas cosas con hilos de todos los colores, los ponía un moñito arriba de la cola, que iban los caballos que llamaban la atención. Tenía buenos sentimientos, era una buena persona. Trabajador, muy trabajador. Y su esposa Isabel venía mucho por casa, tenían una



niña Rosa, y el pequeño Fernando.

Abundando sobre la figura de Albacete, Ignacio recuerda una anécdota ocurrida en el día de San Isidro Labrador.

Tenía yo seis o siete años, cuando un día de San Isidro me voy a cobrar en la “jardinera”, con Fernando que era quien la llevaba. Iba sentado en el pescante adelante con él, –entonces se hacían muchos viajes al Cortijo–, y al ir por la calle de la Reina, a la altura de la Casita del Labrador, había un señor pegando a su mujer y a la hija una paliza, que para que te cuento. Cuando lo ve Fernando, ni corto ni perezoso, con la “jardinera” llena

de gente, se tiró de ella en marcha a defender a la mujer. Los caballos que lo ven bajarse con el látigo (la fiscalía) en la mano, comienzan arrear, y yo arriba solo no sabía qué hacer en el pescante. Los caballos a cien por hora. Pero de repente –como ya estaban acostumbrados– se dan la vuelta, y allí se van a parar despacio a la puerta de la Casita del Labrador.

Por su parte, Sandalio nos acerca a otra de las anécdotas vividas en sus tiempos de adolescente.

Recuerdo que siendo yo chico –con quince o dieciséis años–, muchas veces cuando llegaba a la Estación de Ferrocarril, entonces ya llevaba yo los caballos, pues hacia mucho frío, y me metía en la fonda buscando la calefacción. Un día cuando salí no estaba el coche. Se habían venido los caballos solos al pueblo. ¡Si me ves corriendo, con quince años que entonces tenía! Llegué a la parada –que estaba en las Cuatro Esquinas, enfrente del Hotel Pastor–, y allí los tenía esperando. ¡Se habían venido solos a la parada! Como ya sabían donde era la parada pues... allí se fueron a esperar.

Con el transcurrir del tiempo, un industrial del ramo llama desde Madrid al “tío Ferragorda” para ofertarle un vehículo, diciéndole que se lo ofrece por siete mil pesetas.

Mi tío lo compra, le da de alta en el Ayuntamiento y se comienza también a trabajarle a la vez que la “jardinera”, que también lo hacía con Fernando Albacete durante mucho tiempo.

Sobre los recorridos y servicios que realizaba la “jardinera”, Sandalio deja constancia de lo siguiente.

Se hacían viajes desde la población a la estación. A la Casa del Labrador todos los días. Cuando no había trenes también a la Casa del Labrador. Los domingos dedicábamos más tiempo a la Casa del Labrador que al tren. Siempre se salía desde el restaurante Rana Verde, hasta la Casa del Labrador. Llegábamos a la puerta, en la calle de la Reina y volvíamos otra vez. Este trayecto costaba veinticinco céntimos y cuando terminamos con la “jardinera” en los años cincuenta subió hasta cincuenta céntimos. Desde las Cuatro Esquinas a la Estación costaba sesenta céntimos. Y cuando finalizó el servicio lo hizo con una peseta.

Con una sonora carcajada Felisa, esposa de Sandalio, que está presente en la conversación, añade: *¡De aquellos tiempos a estos!*

Eran épocas en las que el turista podía escuchar al subir a la entrañable jardinera en la plaza de Rusiñol por parte de aquel chaval que hacía de cobrador, en el lugar de la parada habitual, al pie mismo de la desaparecida Casa de Información y Turismo, con salida hacia la Casa del Labrador la siguiente frase:

¡Va a tener usted que esperar a que vengan más viajeros! ¡Hasta que no estemos completos no salimos para la Casita del Labrador! Había que rentabilizar el trabajo personal y esfuerzo de aquellos fieles animales.

Minutos después, la jardinera llena de viajeros partía al trote de aquellos animales tras un tirón de riendas de Fernando, y con el joven cobrador en el pescante, para enfilear la añeja

calle de la Reina a los sonos del tintinear de los cascabeles, el arrullo de los pájaros, y el suave sonido del frotar de las hojas que penden de los árboles centenarios.

Ignacio, recuerda una anécdota que le sucedió a Ciriaco, otro cochero que entró mucho después al servicio de “los Ferragorda”.

Un día iba de cochero Ciriaco, llevando la “jardinera” pequeña y como caballos a Ponciano y Paneque –que éste era negro y tenía más mala uva que para qué– y llevaba de pasajeros a Frutos, un mozo de maletas de la Estación, y además, todo el coche lleno de monjas. Al llegar a la altura de La Ribereña, Ciriaco le arrea con el látigo un palo a los



caballos, y el Sr. Frutos se tiró diciendo: ¡sálvese quien pueda! Cuando llegaron a la Estación los caballos se pararon, y habían hecho un reguero de monjas por el camino que para qué contar. ¡Todas las monjas se

habían tirado en marcha del coche... las pobres!

Sobre el lugar donde la familia Navarro residía y tenía a las caballerías y “jardinera”, Sandalio cuenta lo siguiente.

Nosotros vivíamos en los cuartelillos en la Carrera de Andalucía, allí nacimos todos menos Ignacio. Después los militares nos echaron de allí y nos vinimos al antiguo Palacio de Godoy, el que fue Hotel Pastor, donde hoy es el colegio de monjas de SAFA. La planta baja del Palacio de Godoy tiene cuatro ventanas. Ahí vivíamos nosotros a la derecha de las cuatro ventanas, que tenía la casa diez habitaciones, y entrábamos con la “jardinera” por la calle Stuart. Había una puerta grande, que cruzábamos, dos patios hasta el fondo, y ahí teníamos una cochera grandísima, tremenda. Allí teníamos la alfalfa, los caballos, todo. Allí Fernando atendía a los caballos. Bien recuerdo que cuando los decía: ¡que viene la fiscalía y veían la vara, volaban los caballos!

Por otra parte, estaba la cuestión de conseguir y transportar el alimento. En aquellos tiempos, cuando la necesidad apretaba, y había que llevar a casa lo necesario para afrontar el plato de comida diario, era cotidiano observar la estampa típica de la llegada de la jardinera a las paradas establecidas en el pueblo. Cómo del maletero de la jardinera salían: gallinas, garbanzos, huevos, patatas, a veces, más que maletas, bultos o enseres personales, llegaba el estraperlo. El llamado estraperlo o venta de productos fuera del control del fisco municipal se movía

fundamentalmente en hogares ribereños, pero además, existían dos puntos claves donde casi siempre era posible poder comprar alimentos de primera necesidad, estos dos lugares eran las esquinas de la calle del Almíbar con Gobernador –donde se ubica el comercio llamado el Submarino–, y en la esquina de la calle de Postas con calle de Abastos –donde está ubicado el bar Imperial.

Cuando llegaban las mujeres de Yepes, Ciruelos, todos los trenes, venía toda la gente cargada con judías, harina, de todo, de estraperlo, lo metían debajo en el maletero que había grande en la parte de abajo y corriendo, por qué venía la Guardia Civil o los Guardavinos y te quitaba todo lo que llevaba.

Otra anécdota que rememora Ignacio, que sucedió en las “Cuatro Esquinas”, fue con motivo de la ausencia de su hermano Sandalio –el cochero era circunstancial–. Por aquella



época éste jugaba al fútbol en tercera división, no hay que olvidar que la familia de los Navarro tiene una amplia historia futbolística en algunos de sus miembros: Ignacio (en el Aranjuez C.F. y el Plus Ultra hoy Real Madrid B) y José Luis en el Córdoba C.F.

Se fue Sandalio a jugar al fútbol, aunque no le dejaba mi tío, porque tenía que cuidar el negocio, de los coches. Le dejó el coche con los caballos a un primo nuestro que estaba haciendo la mili aquí, en Aranjuez, para que él hiciese los viajes a la Estación. Al dar la vuelta con la “jardinera” en las Cuatro Esquinas, ahí estaba el kiosco –que entonces era madera– de los periódicos de Manolo, al lado de la Confitería de Santos [hoy Heladería Remo]. Nuestro primo como no estaba acostumbrado, se pone a dar la vuelta, le mete la lanza al kiosco por una ventanilla y se le llevó colgando hasta el Gran Teatro, con Manolo y su mujer dentro. Y ellos gritando: ¡Por Dios que nos matas! Y el kiosco colgando en la lanza de la “jardinera”. ¡No veas la que se organizó!

Con la llegada de nuevos vehículos de industriales de la población que acaparan más viajeros, con mayor comodidad y rapidez. La “jardinera”, ese medio de transporte tan peculiar y entrañable que había tenido una influencia importantísima en la población ribereña, pasa al descanso eterno.

La “jardinera” desaparece hacia 1952. Por qué ya pusieron otro autobús más, que era de Rosa Arias, viuda de Agustín Banegas, que lo conducía “el Chico de la Estrella”. Es decir,

ya había dos autobuses. Con este otro en funcionamiento no se podía luchar. Después mi tío compró otros vehículos, y nosotros seguimos con los taxis, porque esta era y es nuestra vida. El que estaba principalmente en el negocio era yo. Llegamos a tener hasta cuatro taxis. Hasta 1976 mi tío es quien regenta el negocio, a partir de aquí nos hacemos cargo nosotros, repartiéndose cada hermano una licencia. Que aunque el negocio nos lo cedió, él siguió mandando. Ha mandado toda la vida, incluso más que mi padre.



Es entonces, con motivo de una lesión futbolística que sufre Ignacio, hermano de Sandalio, cuando también se une al trabajo familiar del taxi.

Cuando dejé el fútbol debido a una lesión, me incorporo a trabajar el taxi. Teníamos antes dos choferes, que al comenzar nosotros a trabajar en el negocio lo dejaron, aunque con el tiempo se quedaron con las licencias, porque ya no se podía tampoco atender bien, y alguno de ellos finalmente se quedó con el taxi.

A lo largo de este trabajo, tanto Sandalio como Ignacio han recordado la fidelidad y buen hacer de uno de los hombres que tuvo una relación laboral muy estrecha e intensa en la casa de “los Ferragorda”, el ejemplo de un fiel trabajador, que respetó al patrón y quiso a sus fieles caballos: Lucero, Brillante, Ponciano y Paneque, ese fue Fernando Albacete López.

Natural de Alhama de Murcia, Fernando llega a Aranjuez sobre el año 1943, ingresando en la cárcel, saliendo avanzado el año 1944, el motivo: haber pertenecido al ejército republicano. Su hijo lo define como: *un hombre íntegro.*

Resulta que a su hermano Antonio le metieron preso en la Guerra Civil en Málaga. Entonces mi padre era conductor del comandante de la Guardia Civil en Murcia, se enteró que su hermano estaba preso en Málaga, cogió el coche oficial, que entonces llevaban el banderín de mando, y se presentó en Málaga, en la plaza de toros de la Malagueta, que es donde entonces tenían a los presos políticos, haciéndose pasar por el emisario del comandante de la Guardia Civil para sacar a su hermano de la prisión. Cuando ya le tenía fuera, dejaron el

coche abandonado en Málaga, y emigraron los dos hermanos a Francia, donde los alemanes mataron a Antonio quien era miembro de la resistencia francesa en la Segunda Guerra Mundial. Fernando marcha a Alemania como espía de la resistencia, después vuelve a Francia, y ya en el año 1943 regresa a España parando en Villaconejos. Conoció a mi madre, se casaron en el año 1946, nació mi hermana. Ya en el año 1947 se bajaron a Aranjuez y al año nació yo. Esa es la historia a grandes rasgos de un hombre que estuvo perseguido toda su vida hasta que murió. Por cierto, murió si dársele de alta en la Seguridad Social, porque cada vez que pedía que le dieran de alta, le decían: no, porque eres rojo. En aquella época era muy difícil, sobre todo si eras de izquierdas, que te denominaban como “rojo”, pues entonces no tenías fácil trabajar mantener un puesto de trabajo. Entonces cuando querías exigir el mínimo de lo que entendías como tus derechos, siempre te recordaban tu pasado político, entonces te decían: esto es lo que había, sino a la calle.

Sobre la figura de Fernando, debemos de reseñar que, además de estar al servicio de “los Perragorda” con la “jardinera”, posteriormente permaneció durante dieciséis años



trabajando en el hotel Delicias. Era un hombre políglota, con conocimientos de las lenguas: francesa, inglesa y alemana. En aquellos años sesenta del siglo XX, fechas en las que Aranjuez comenzaba a recibir importantes movimientos turísticos, además del paso obligado de la Carretera Nacional para Andalucía, era fácil adivinar la silueta de Fernando a la entrada del Hotel Delicias con su traje negro de pana y gorra de plato en la que en esta estaba bordada la palabra: *On parle français*. Sobre estas cualidades, su hijo Fernando recuerda algunas anécdotas al respecto.

Después de estar con “los Perragorda” llevando la “jardinera”, para arriba y para abajo, se colocó en el Hotel Delicias, por su facilidad en los idiomas. Hacia de todo: de guardacoches, intérprete, limpiabotas. Se pasaba las noches, dormía durante el día en casa y a eso de las cinco o seis de la tarde se iba al hotel, hasta el día siguiente. Estuvo en ese hotel dieciséis años.

Hay varias anécdotas de los mismos Guardias Civiles, que entonces iban en pareja por la carretera, y se paraban en el hotel y allí mi padre les daba un poco de cena, de comer o si se terciaba, de merendar. En fin todo muy bien, todo muy bonito, hasta que llegaba Franco. El día anterior los mismos guardias le decían: ¡Hala Fernando, que mañana vamos a por ti! Pero nunca le sacaron “esposao”. Y él respondía: que sí, que ya he notado que venía Franco, que había mucho Guardia Civil por la carretera ayer. Y entonces le metían en la cárcel, y se pasaba allí los dos o tres días que estaba Franco: el día anterior, el día que estaba cazando y al día siguiente, por sí acaso se había quedado algún faisán por el río. Le vino la tuberculosis, de fumar mucho, bebía, y es entonces cuando le vino la enfermedad. Ingresó en el hospital de la Virgen de los Llanos en Albacete. Después en otro sanatorio de Orense, y después, le llevaron al sanatorio de San Pedro, en Logroño, y allí murió en el año 1969.

Aunque imprecisamente, Fernando Albacete también recuerda ciertos motivos o palabras que estuvieron relacionados con la época de su padre al servicio de “los Perragorda”, con la entrañable “jardinera” y sus queridos animales.

Fue un hombre que a los caballos los quería mucho y los tenía bien aleccionados. Tenía una fusta, que al dar la voz a: Lucero y Brillante, o a Ponciano y Paneque, de: ¡que viene la fiscalía! Salían los caballos disparados arreando con la “jardinera” y con la gente.

Desde viejos tiempos, el Real Sitio y Villa de Aranjuez ha sido y es, objetivo apreciado en el ámbito turístico. Los medios para lograr la llegada de turistas y fórmulas atractivas como ofertas para el visitante han sido a veces curiosas, es el caso de la “jardinera”. Rememorando aquellos tiempos, con la llegada de la democracia, se tratan de poner varios proyectos en marcha, para entonces, el Concejal de Turismo de la época, Fernando Albacete Gil, hijo de aquel Fernando Albacete que manejase en los años cuarenta la legendaria “jardinera” de “los Perragorda”, estará al cabo y apoyando municipalmente los proyectos que se presentan. Veamos los dos, de los que tenemos amplias referencias.

El día 26 de mayo de 1984, Heliodoro Martínez Tirado, entonces director del desaparecido Hotel Salsa-Mar, que estaba ubicado en la calle del Príncipe nº 4, se dirigía en un escrito al entonces Alcalde de Aranjuez, Eduardo García Fernández, para solicitarle la concesión de un permiso para que pudieran circular por los Jardines del Príncipe y por los alrededores del Palacio Real, diez carruajes tirados por caballo.

Dos días después, el Alcalde García firmaba un Decreto por el cual accedía a la petición de este empresario *con carácter provisional y temporal, revocable en cualquier momento,*

especialmente motivado por los actuales festejos patronales de la Villa, entre tanto se confecciona y aprueba la Ordenanza Municipal reguladora del servicio de transporte de viajeros en vehículos de tracción de sangre para recorrido turístico de la población.

Obviamente se le marcaban una serie de condiciones puntuales que este empresario debería de acatar en el caso del recorrido por el casco urbano, como por el interior de los jardines. La limpieza de los animales. La entrada y salida siempre por la primera puerta del Jardín del Príncipe, llamada del Embarcadero, estando limitado su recorrido hasta la fuente de Apolo, etcétera. Finalmente, en cuanto a las tarifas para los usuarios, en el Decreto de la Alcaldía quedaba claro que el empresario, *habrá de estar a lo que al efecto se determine por la Corporación Municipal.*

Según el entonces Concejal de Turismo, Fernando Albacete, los permisos de poner en circulación animales eran especiales, puesto que estos podían provocar graves accidentes. A ello habría que añadir los inconvenientes legales y un fuerte desembolso económico, razones que llevaron al industrial Heliodoro Martínez a desistir del proyecto.

Tiempo después, en cierne la inauguración del popular Tren de la Fresa, un empresario, apoyado por el Concejal Albacete, quien veía con buenos ojos este medio de transporte atractivo en el ámbito turístico –y tal vez con la añoranza de aquellos tiempos en los que su padre se ganaba la vida con la entrañable “jardinera” de los “Perragorda”-, solicitaba al Alcalde el pertinente permiso para poner en funcionamiento otra “jardinera”. Proyecto que quería hacer coincidir con la fecha de inauguración del mencionado Tren.

El domingo 27 de mayo de 1984, las cuatro Instituciones; Comunidad de Madrid, RENFE, Museo del Ferrocarril y Consistorio ribereño, asistían al primer viaje oficial turístico. A la salida de la estación, personalidades de las Instituciones e invitados eran transportadas por una replica de “jardinera” muy cercana de aquella que en otros tiempos pusiera en marcha José Navarro “el tío Perragorda”.

José Tomás Cot Díaz-Heredero, que era uno de los propietarios del Restaurante Rana Verde, se dirigía al Alcalde el día 8 de mayo de 1985 con la finalidad de que se le concediese permiso para *realizar un servicio de transporte de viajeros dentro del casco urbano de Aranjuez, con fines exclusivamente turísticos, durante el periodo comprendido entre el día de la fecha y el 31 de octubre del presente año, a cuyo efecto dispone de vehículo apropiado, una “Jardinera” de 4 ruedas, dotada de unos asientos fijos tipo jardín, con capacidad para 37 personas incluido el conductor, provisto de una toldilla de lona y tirado por 2 caballerías, cuyo servicio exige la oportuna autorización municipal para la prestación del mismo circulando por las vías públicas de Aranjuez.*

Aquel mismo día 8, el Alcalde García Fernández concedía a este empresario el pertinente permiso para poner en funcionamiento la llamada “jardinera” como transporte urbano de viajeros dentro del casco urbano, siempre en función de las especiales características del

vehículo y la finalidad que este iba a desarrollar, teniendo como fecha final del servicio el referido 31 de octubre de 1985.

Albacete, recordaba cómo la función de la “jardinera” –salvando la distancia en el tiempo– era semejante a la labor cotidiana que en su día efectuase ésta, es decir, recoger los viajeros que llegaban en plan turístico en el Tren de la Fresa, y trasladarlos a realizar las consabidas visitas a monumentos y población. Poco tiempo después, según Albacete, la actividad de este medio de locomoción turístico concluía.

Para finalizar este episodio popular, que queda en la remembranza de los mayores de la historia ribereña, Fernando, cuando tuvo conocimiento de lo que quería abordar, por lo que suponía a la memoria de su padre y familia, así como al tío Perragorda y su familia –a la que siempre quedará eternamente agradecido por cuanto hizo con los suyos–, en ese divagar de sus pensamientos expresó, que bien podía ser este episodio un homenaje a la entrañable “jardinera”.

Valgan pues estas últimas líneas de reconocimiento y homenaje a la entrañable “jardinera”, al tío Perragorda y a Fernando Albacete, hombre que a pesar de sus pensamientos políticos, como refería Sandalio e Ignacio en sus conversaciones, tuvo siempre entre sus valores la honradez hacia la familia Perragorda, sus caballos y el servicio permanente al pueblo de Aranjuez.

José Luis Lindo Martínez